

Jaime Quezada

Andrés Sabella

La Poesía Chilena ha logrado, en mucho, su fortalecimiento actual por la obra que, en Concepción, realizaron y realizan sus poetas. Es indudable la fuerza que relampaguea en Gonzalo Rojas, como la inteligencia creadora, desplegada y luciente, en los versos de Jaime Quezada el Fabulador, (lo llamamos así por su libro de 1968, testimonio de un espíritu de múltiples tentaciones). Quezada prolonga su valía con "Huerfanías", (Pehuén, 1985), en cuyas páginas se percibe un inquietante aire de cielos, la vigilia de "un cristo cotidiano" que existe en equilibrio de tiempo: la mitad clavada en una "Historia blanca no escrita en historia alguna"; la otra, en las cenizas que presagian un doloroso futuro al hombre, (la "mirada de Dios es un rayo láser").

La poesía ha ganado durante estos años en que se la vive a todo fuego, en desnudez, la Poesía Desnuda a que tendió Juan Ramón Jiménez, desesperado por perder las palabras y gozar el Verbo en los hondores de sí. Quezada es de los que no elaboran a paletadas: construye sus poemas, evitándoles cuando los anieble y vigorizándolos en su libertad:

"Mi buey ara/ Mi caballo fuerza/ Mi Cordero sangra/
Veo mis animales como máquinas/ (Y máquinas como fin de mundo)/ ¡Pobre de mí Descartes mi orfandad!" ("Método")

El hecho cotidiano contado con "ese algo" que necesita el poema para existir, constituye hoy la preferencia de los poetas. No todos aciertan en el hechizo de "ese algo". Quezada conoce las claves para lograrlo y enseñar sus victorias, alzando su "copa que huele a Dios". A pesar de la orfandad que proclama, el brío del poeta asiste sus palabras, estremecidas por los verdaderos asuntos del hombre.